

¿No se preguntan a veces qué llevará a costas aquel que se sienta frente a ustedes en un restaurante? ¿o la joven que pasea a sus perretes cada mañana?

¿No reflexionan sobre cuántas son las historias de vida que nos rodean y lo valiosas que pueden ser las protagonistas de cada una de ellas?

Es curioso cómo puedes pasar años cruzándote con una misma persona, observarla, incluso intercambiar alguna que otra palabra, y apenas profundizar en todo ese mundo interior que, posiblemente, haga también despertar el de una misma.

Justamente es esto lo que me ocurrió con la última invitada del año al Club de Liderazgo Social.

Ambas somos compañeras de promoción. Compartimos, durante tres años, un tercio de cada uno de nuestros días sin saber absolutamente nada una de la otra. Sin embargo diría que recuerdo casi a la perfección el primer día que la vi entrar en el aula. Ella, de piel morena, ojos claros y unas rastas que casi le llegaban a la cintura, encajaba perfectamente en lo que conocemos como “perfil de trabajadora social” (los prejuicios, ya sabes.)

Casi nada más llegar observé cómo vinculó rápidamente con uno de los grupos que comenzaban a conformarse; Chus, Melania, Angharad y otras personas cuyo nombre he olvidado, formaban parte de él.

Por lo contrario, yo era de las que llegaba y me sentaba en un lado y en otro, sin dejar de observar a mi alrededor. Algunos amigos hice para toda la vida y pocos nombres del centenar de personas que coincidíamos a diario guardé en mi memoria: Jéssica Pestana fue uno de ellos.

Lo que nunca intuí fue volvérmela a encontrar doce años más tarde, compartiendo entre mujeres la lucha incansable por todas y cada una de ellas, y de nosotras también.

Jéssica comenzaba su relato con cierto sentido del humor:

- Yo soy de Playa del Inglés, que es un sitio de donde nadie es (nos reíamos). Realmente es un no-lugar; un simple decorado para los turistas, pero ahí me crié yo y desconozco porqué nació en mí la pasión por el trabajo social pues allí poco había de red comunitaria. Lo que sí es cierto es que me llamaba mucho la atención la política y siempre fui una revolucionaria.

Después de tanto tiempo supe que ambas ejercimos nuestra profesión desde que finalizamos la carrera (e incluso antes). Ella lo hizo sin saberlo, con cada una de las valientes decisiones personales que tomó para coger las riendas de su vida, después de haber logrado su título con grandes tropiezos en el camino. Zancadillas que ponen quienes, suponemos, deberían mantenernos en pie o, al menos, sujetarnos al caer.

Nos contaba, sin ningún tapujo, cómo el hecho de acceder a la carrera de trabajo social hizo que se descubriera como una mujer víctima de violencia de género en aquel momento, y el modo en el que tomó conciencia para salir de esa situación, pero esto no queda aquí. El trabajo social para ella fue toda una liberación, y es que Jéssica, antes de comenzar el tercer curso, requirió del apoyo de una profesional que tuvo la oportunidad de servirle de ejemplo, aunque ya sabemos esto de que ningún título te da la capacidad de empatizar y acompañar en los procesos de otros.

- Al salir del armario fui rechazada por mi familia. Yo me encontraba en una situación cómoda y tranquila como estudiante universitaria y repentinamente mi vida dio un giro de 180°. Tanto es así

que necesité el acompañamiento por parte de una trabajadora social. Era curioso que a pesar de estar a punto de iniciar el tercer año de la carrera, ni siquiera conocía la posibilidad de pedir cita en SS.SS. Para encaminar mi situación. Resulta increíble darte cuenta de lo desconectada que está la teoría de la carrera con la realidad práctica -. Reflexionaba Jérica sobre lo relatado.

Justamente, uno de los aprendizajes adquiridos tras este primer contacto con el mundo real del trabajo social, fue el valor que puede llegar a tener nuestra capacidad de brindar algo de luz a aquella persona que tenemos frente a nosotras. El hecho de que no sea tan importante conocer todas las respuestas, sino indicarles hacia donde dirigirse para que sean ellas mismas quienes las encuentren.

Continuando con su apasionante historia, así fue como nuestra compañera habría necesitado ser acogida por un grupo de personas que vivían como okupas en Guanarteme para poder continuar cubriendo sus necesidades más básicas, y luchó con uñas y dientes para que su último año fuera becado, terminando aquello que había empezado.

Con mucho arte en la comunicación y un modo de relatar que enganchaba a todos los allí presentes, Jérica comenzó a desengranar las innumerables aventuras en las que se había embarcado desde que terminó en la Universidad.

- Venga va, ya he terminado ¿hacia donde me dirijo? -. Pensó.

Y como quien decide ir al barrio de al lado, se marchó, en primer lugar, a Alemania a trabajar como camarera durante un año. A posteriori, realizó un voluntariado en Portugal durante el siguiente año relacionado con el comercio justo. Y continuaba:

- Luego se me fue la pinza del todo, así que volví a Gran Canaria, cogí mi coche (un antiguo Ford Fiesta), y me fui a Francia a trabajar en las viñas y la agricultura.

Entre risas nos contaba cómo llegó hasta allí sin tener ni idea de francés y enseguida se unió a otras personas a las que les ocurría lo mismo, pudiendo apoyarse en otra que llevaba tiempo trabajando en las tareas agrícolas del lugar.

Fue muy interesante escuchar cómo pudo ponerse en el lugar de las personas que se ven obligadas a dejar sus países, su familia, su hogar, en busca de una vida mejor, sintiendo a posterior el rechazo de quienes las reciben. Aunque su situación, evidentemente, no se daba por los mismos desgarradores motivos de otras y tampoco se acercaba mínimamente a aquellas que ni siquiera tienen posibilidad de identificarse administrativamente por la imposibilidad de documentarse, es cierto que pudo sentir las distintas formas de racismo que mostraban las personas locales y las propias instituciones.

La experiencia, aunque dura porque vivían en medio de un bosque sin agua y sin luz, fue tan gratificante que decidió repetir en varias ocasiones. Incluso en la temporada de invierno, en donde dice haber pasado un frío del copón.

- El segundo año volví en mejores condiciones porque me compré una furgoneta, el Ford Fiesta pasó a la historia. Fue un invierno en el que superé todos mis límites, llegando a pasar unas navidades completamente sola en las que cogí mi vehículo, me fui hasta Burdeos el día de Navidad y me puse a tocar la guitarra en la puerta de un supermercado -. Nos decía con gracia.

Quizá haya quienes se pregunten qué tiene que ver esto con el trabajo social. Yo les digo que MUCHO, por no decirles que no hay mejor trabajadora social que aquella que experimenta el desapego, el dolor, el sufrimiento y refuerza la capacidad de sortear todos los obstáculos que te va poniendo la vida en forma de aprendizaje transformador. Jéssica quizá no lo sabía en ese momento, pero se estaba tejiendo para ser la gran profesional que es ahora.

Después de unas cuantas idas y venidas, Jéssica acaba afincada en Barcelona participando en movimientos sociales en pro del feminismo, de la defensa del derecho a la vivienda y de la perspectiva antirracista:

- El mayor *hostión* de realidad me lo dio un compañero con el que convivía cuando me definió como una persona racista. A priori me enfadé, y mucho, pero más adelante lo comprendí. Supe, después de algún tiempo, que todas las personas blancas somos racistas, y el primer paso es asumirlo, al igual que los hombres tienen que asumir que son machistas. Nosotras, mujeres blancas y europeas, no somos conscientes de los privilegios con los que contamos. Nos creemos que los derechos nos los merecemos porque nacimos en este lugar, pero todos estos derechos son construidos en base a la opresión del resto de los pueblos, a la historia colonial y a toda la riqueza que hemos robado a otros territorios.

La persona que se había referido a ella como tal, había sido refugiado palestino en Siria, y cuando comenzó la guerra en Siria, pasó a ser refugiado sirio-palestino en Barcelona. Y es entonces cuando Jéssica se replantea cómo es posible que nos impliquemos tan poco en estos procesos y, cómo, en muchas ocasiones, llegamos a compararnos con ellos, como si pudiéramos vernos reflejadas, como si partiéramos de la misma nada.

Tras todo lo acontecido, de repente retomó la misma pregunta que se había hecho diez años atrás:

- ¿Y ahora, hacia dónde me dirijo?

Aunque esta vez, quiso ir más allá:

- ¿Quién soy? ¿A qué me dedico? ¡Ostras! ¿Yo no había estudiado trabajo social? Pero, ¡si tengo el título! ¿Por dónde empiezo? ¿Sabré hacerlo?

Que si sabré hacerlo, dice...

Nuestra gran compañera regresó a la isla en 2017. Lo hizo queriendo hacer lo que hasta ahora no había hecho: Parar.

Una vez aquí se dedicó a otra de sus grandes pasiones, la cocina vegana, en el más que conocido 'Café D'Espacio'. Fue allí dónde entre comida y comida se reencontró con caras de antaño. Una de ellas, nuestra invitada a la sesión anterior, Koldobi, que en varias ocasiones acudía al lugar acompañada por Maricarmen, coordinadora del Programa Daniela Oblatas que, para quienes no lo sepan, proporciona atención integral a mujeres en situación de prostitución y/o víctimas de trata y explotación sexual.

Y así fue como dos grandes sabias de la profesión, después de conocer las hazañas de Jéssica, despejaron de un plumazo cualquier atisbo de duda en cuanto a la capacidad de nuestra compañera para desempeñar las funciones que un día creyó haber dejado de lado, pero que llevó consigo en cada una de sus experiencias.

- Oye, tenemos una vacante en el programa y creo que serías la candidata perfecta para el puesto ¿te atreves? – Le propuso Maricarmen.

- ¡Por supuesto!

Y ahí sigue, Jérica, cinco años más tarde, mano a mano con mujeres que por este desastroso sistema no ven otra vía de escape posible o aquellas que han sido engañadas y forzosamente obligadas a situarse donde no quieren estar. Una labor a la altura de alguien como ella, sin duda, pues se ha de tener sensibilidad y coraje a partes iguales para hacer un trabajo de calle en el que *caer bien* al proxeneta de turno significa abrirte puertas para acompañar en el proceso a cada una de las chicas a las que ofrece su atención.

Hemos terminado esta primera prueba anual del Club junto a la gran desconocida para muchas, aunque a sabiendas de que muy querida para quienes han caminado y caminan cerquita de ella; nuestra intrigante compañera, Jérica Pestana.

Ella, que se definía antes de llegar el día como una persona algo tímida e introvertida, nos sorprendió a todas y a todos con su gran habilidad comunicativa.

¡Qué suerte tuvimos los que allí estuvimos! Nos quedamos atónitos frente a sus andanzas. Esas que hicieron que más de una vez se perdiese para encontrarse, retomando el destino que había escogido en sus inicios.

Con gran sentido del humor, Jérica logró engancharnos desde el principio en sus historias que más que historias, fueron esas experiencias que ahora la hacen ser una trabajadora social de los pies a la cabeza.

Gracias, Jess, por atreverte a perderte para darnos el lujo al resto de poder encontrarte.